

SEMBLANZA

CRIS MIRÓ



*Archivo de redacción de Crónica. Fondo Editorial Sarmiento. Departamento de Archivos.
Biblioteca Nacional Mariano Moreno*

CRIS MIRÓ

Carlos Sanzol

Carlos Sanzol (1978, Bragado) es licenciado en Comunicación Social en la Universidad Nacional de Cuyo y magíster en Periodismo en la Universidad Torcuato Di Tella. Actualmente, es subeditor en la sección Sociedad del diario La Nación, donde también fue redactor especializado en Espectáculos. Trabajó como editor en lanacion.com y como cronista en los diarios Perfil y El Sol (Mendoza).

Escribió el libro Hembra. Cris Miró. Vivir y morir en un país de machos (Milena Caserola, 2016). En 2017, por su trayectoria en la promoción de los derechos humanos y la diversidad fue nombrado Embajador del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI).

Contacto: csanzol@gmail.com

Ese jueves de 1994, a las 18, cuando Cris Miró entró al teatro Maipo no sabía que estaba por darle un giro radical a su vida y tampoco que con ese acto iba a dejar una huella profunda en la historia del colectivo LGTBQ+. Lo que iba a hacer era traspasar un límite; transgredir, uno de los verbos que más conjugó en su biografía. A esa altura, ella ya estaba acostumbrada a forzar las barreras sociales que la oprimían. De hecho, fue una experta en destruir los mandatos y vivir bajo el signo del deseo; uno genuinamente propio.

Ese jueves de 1994, a las 18, con 29 años, Cris audicionó para lo que iba a ser un pequeño rol en una revista que iba a devolver al Maipo el esplendor de antaño como referente del género. Miró, que aún vivía dividida entre una imagen andrógina que le permitía sobrevivir al día, y otra vinculada a la estética de la *femme fatale*, que desplegaba por la noche, estaba allí convocada para ser una “atracción”, como lo describían, en ese momento, los productores del espectáculo.

Poco tiempo después, en febrero de 1995, cuando se estrenó *Viva la revista en el Maipo*, se reveló, operación de prensa de por medio, que esa mujer despampanante que bajaba con elegancia y sensualidad desde el techo del teatro enfundada en un catsuit y que desvestía, con picardía, a strippers en el escenario era, en realidad, un “él”.

Esa “revelación”, esa estrategia de marketing, produjo el golpe mediático que el espectáculo necesitaba. Y generó un verdadero “cimbronazo” social, porque implosionó las categorías binarias del género que, por entonces, se reconocían como inmodificables.

Así, Cris se convirtió en la figura que todos los conductores de programas de televisión y los periodistas de medios gráficos querían entrevistar porque representaba lo “extraño”, aquello que escapaba de lo socialmente conocido. Y para acceder a lo que parecía “insondable”, las preguntas fuera de lugar se tornaron en el denominador común. Así, un cronista que escarbó con persistencia en el nombre con el que Cris figuraba en el DNI, se encontró con una Miró que respondió con elegancia: “Mi otro nombre no es mi verdadero nombre. El nombre que figura en el padrón o en el documento de identidad sólo sirve para ciertos trámites. Mi nombre esencial es Cris. Cris Miró. Porque es el que siento. Con ese nombre se llega a mi amistad y a mi corazón”.

Con ese comentario, demasiado vanguardista para la época, Cris parecía parafrasear, a su manera, lo que Judith Butler propone en *El género en disputa*. Y podría arriesgarme a decir que Miró jamás leyó la obra de la filósofa estadounidense.

Guetos, edictos y prejuicios

En 1995, lo que imperaba sobre el colectivo LGTBQ+ (aunque esas siglas aún no existían en ese entonces; a lo sumo, se hablaba de gays, lesbianas y travestis) eran más prejuicios que virtudes. En 1994, por ejemplo, el arzobispo de la ciudad de Buenos Aires, monseñor Antonio Quarracino, pedía por televisión que las personas gays y lesbianas se fueran a vivir a una suerte de isla, donde “(...) tengan sus leyes, su periodismo, su televisión, y hasta su Constitución. Que vivan como en un país aparte, con mucha libertad. (...) Ya sé que me van a acusar de propiciar la segregación. No. Pero sería, en todo caso, una discriminación en favor de su libertad. Para ver qué es lo que más se pierde y qué es lo que más se gana, pero con toda caridad, con mucha delicadeza y misericordia, también tengo que añadir que así se limpiaría una mancha innoble del resto de la sociedad”.

Más brutal aún era la mirada y el accionar sobre las personas trans, catalogadas socialmente como “los travestis” (así, en masculino). Ellas debían hacerle frente a los omnipresentes edictos policiales, una normativa de la que era juez y parte la policía. En el inciso F de uno de ellos, el de “Escándalo”, se leía: “Se condena a los que se exhibieran en la vía pública vestidos o disfrazados con las ropas del sexo contrario”. Se estimaba que, por la aplicación de esta norma, las personas trans podían pasar, por semana, un promedio de cinco días detenidas.

Por eso, la activista travesti, Lohana Berkins (1965-2016), marcaba la doble moral de la sociedad respecto al colectivo, sobre todo con la aparición de Cris en la esfera mediática: “Nosotras seguíamos siendo revulsivas para la sociedad que pagaba para ver a una travesti –en este caso Miró– famosa en el teatro. Miró encarnaba a la perfección el mandato patriarcal, esa obligación de parecer bajada de Venus, perfecta, producida como en Hollywood”.

De esta manera, durante los noventa, asoló sobre la población trans un imaginario social que la asimiló al delito, la prostitución y la enfermedad. Una triada de creencias que elaboraron a comienzos del siglo XX los médicos y criminólogos higienistas obsesionados con limpiar a la nación de todos aquellos seres que traían la suciedad, representada por el comunismo, la disolución de la familia, la desintegración de la patria y la abolición de la religión.

Mientras arreciaban estas miradas conservadoras, que se cocían bajo el fuego de las políticas económicas neoliberales de la segunda presidencia de Carlos Saúl Menem, había una suerte de contracara, una liberación de la sexualidad, cobijada, en gran parte,

en espacios, hoy míticos, como Morocco o Ave Porco, cuyos *hosts*, drags queens y bailarines no binarios (en ese entonces, nombrados como andróginos) se proyectaron hacia los contenidos que nutrían la televisión abierta.

Sin ese escenario político, social y, sobre todo, moral sería imposible entender las razones por las que Cris irrumpió y provocó una disrupción en el espacio público.

El legado

Quizás, con la coraza de esa fama, que la protegía de ser detenida y que, de alguna forma, la aprobaba socialmente, Cris logró vivir como lo que sentía, que enunciaba de la siguiente manera: “Yo soy genéticamente un hombre, pero elijo y vivo como una mujer. Y creo que eso es lo más importante”.

Sin embargo, ella, la primera vedette trans que puso el cuerpo a los medios masivos, vivió bajo el signo de la discriminación. O, mejor dicho, vivió afrontando y contraargumentando prejuicios; en fin, justificando hasta el agobio su identidad. Tragó bronca cuando se referían a su genitalidad en algún programa humorístico de la época o intentó hacer acrobacias idiomáticas ante la eterna pregunta sobre el nombre con el que había sido anotada al nacer.

Tal vez, lo más difícil que le tocó guerrear fueron los rumores que acecharon sobre su salud. En 1997, mientras protagonizaba la obra *Más pinas que las gallitas* (la sutileza nunca fue el fuerte del género de la picaresca), en el teatro Tabarís, Cris se descompensó y terminó internada en el Hospital Fernández. Al poco tiempo, se conoció públicamente el diagnóstico: neumonía. Sin embargo, el mal llamado periodismo de chimentos empezó a especular que había algo más. Se elucubró con el VIH.

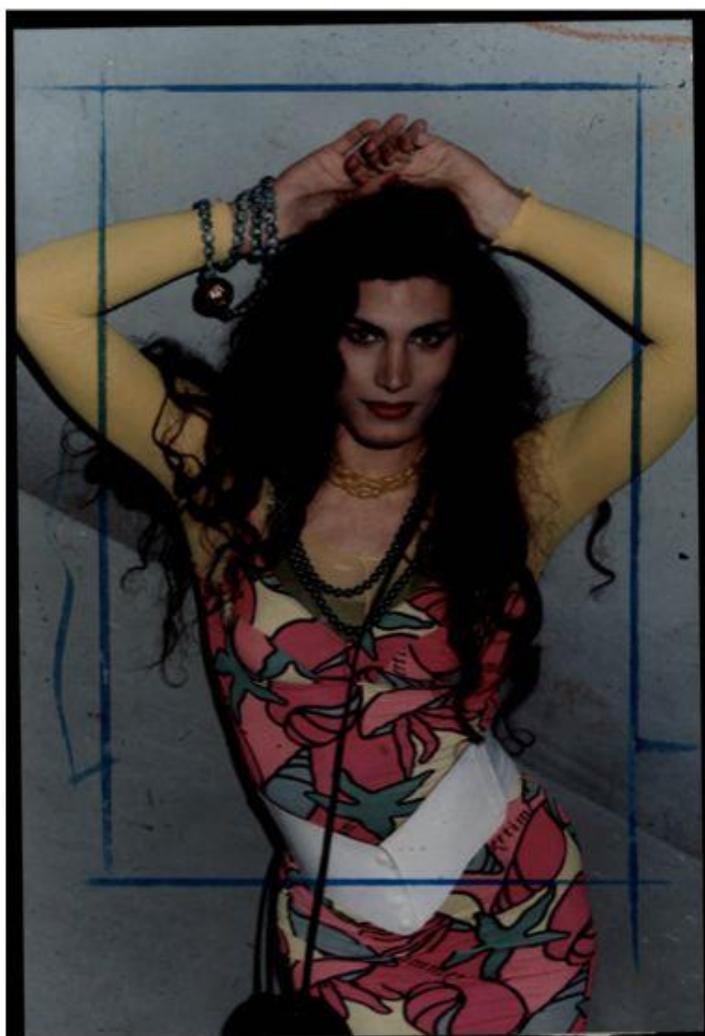
Luego, vinieron más internaciones, que no lograron disipar los rumores. Cris intentó dar respuestas, pero fue en vano. Que había perdido peso porque iba a desfilarse a París, que había tomado agua contaminada y eso la había descompensado, que tenía un dolor lumbar...

El 1° de junio de 1999, a los 33 años, Cris murió en la Clínica Santa Isabel, en Balvanera, como consecuencia de un linfoma.

A lo largo de la investigación que hice durante seis años sobre su vida, y que se materializó en el libro *Hembra. Cris Miró. Vivir y morir en un país de machos* (Milena Caserola, 2016), intenté mostrar cómo ella construyó su identidad frente a un mundo que le jugó en contra. No en vano el día de su muerte, la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) escribió en un comunicado: “Cris Miró tuvo la valentía de ser una persona travesti que

se enfrentó públicamente a la intolerancia desde su trabajo y desde su arte. Sufrió la peor de las enfermedades: la discriminación”.

Hoy, veinticuatro años después de su muerte, su figura vuelve a interpelar, pero, sobre todo, a revalorizarse. Se le destaca su valentía de salirse de la norma en una sociedad regida por machos, su vanguardista explicación del sentir genérico y su delicada manera de contraargumentar la agresión. Sin embargo, hay algo más, aquello que la hace aún más admirable, un sentido de libertad que solo tienen las que fueron primeras.



*Archivo de redacción de Crónica. Fondo Editorial Sarmiento. Departamento de Archivos.
Biblioteca Nacional Mariano Moreno*